

—Cómo?—No lo sé aun; pero, cuando os prometo saberlo, lo sabré, aun cuando tenga que preguntárselo á él mismo.
—Calaveron! no faltaba sino que por este lado te engolfases en otro lance.—En tal caso, como es un enemigo, no seria un duelo, sino un combate.—Vamos, otra vez, hasta la vista, y dáme un abrazo.

Arrojóse Roland con profundo reconocimiento al cuello del que acababa de darle este permiso.

—Oh! general! exclamó, cuán dichoso seria... si no fuese tan desgraciado.

Miróle el general con particular interés.

—Un dia, le dijo, me contarás tu desgracia; no es verdad, Roland?

Echóse á reir Roland de la manera dolorosa que ya por dos ó tres veces habia hecho.

—Oh! No á fe mia, contestó, os reiriais demasiado.

Clavó en él de nuevo el general su mirada, como dudando del estado mental de su amigo.

—En fin, dijo, es necesario tomar las personas como son.

—Sobre todo, cuando no son lo que parecen ser.—Te figurarás que soy Edipo, que vienes á proponerme enigmas, Roland?—Ah! si acertais ese, general, os proclamo rey de Thebas. Pero con mis locuras olvido que cada uno de vuestros instantes es precioso, y os detengo aquí inútilmente.—Tienes razon. Se te ofrece algo para París?—Tres cosas: ha- ced presente mi amistad á Bourrienne, mis respetos á vuestro

hermano Luciano, y saludad cordialmente en mi nombre á Mad. Bonaparte.—Lo haré como me lo encargas.—Dónde os encontraré en París?—En mi casa de la calle de la Victoria, y quizás...—Quizás?—Quién sabe? quizás en el Luxemburgo.

Echándose luego atrás como si se arrepintiese de lo que acababa de decir aun al que miraba como su mejor amigo:

—Camino de Orange, dijo al postillon, y á todo escape.

El postillon, que solo aguardaba esta orden, empezó á agitar el látigo, saliendo el coche rápido como una saeta hácia la puerta de Oulle.

III.

El inglés.

Quedó Roland inmóvil en su puesto, no solo mientras iba mirando alejarse el coche, sino un buen rato despues que hubo desaparecido de su vista.

Sacudiendo entonces la cabeza, como para hacer caer de su frente la nube que la oscurecia, entró en la posada y pidió un cuarto.

—Conducid al señor al número 3, dijo el posadero á una de las mozas de servicio.

Tomó esta una llave de una larga tablilla de madera ne-

gra, en que se hallaban colgadas todas por su orden, haciendo señal al joven viajero de que podía seguirla.

—Hacedme subir papel, una pluma y tinta, dijo el joven al posadero; y si M. de Barjols pregunta por mí, decidle el número de mi cuarto.

Prometió el posadero cumplir las instrucciones de Roland, quien subió detrás de la criada, silbando la *Marseleses*.

Cinco minutos después se hallaba sentado delante de una mesa, sobre la que se veían el tintero, la pluma y el papel que había pedido, disponiéndose á escribir.

Pero al momento que iba á trazar la primera letra, dieron tres golpes á la puerta.

—Adelante, dijo, retirando el sillón en que se hallaba sentado para recibir al visitador, que, según sus cálculos, sería M. de Barjols ó alguno de sus amigos.

Abrióse la puerta con un movimiento regular y acompañado, entró en el cuarto el inglés.

—Ah! exclamó Roland con la mayor satisfacción, acordándose del encargo que le había hecho su general; ¿sois vos? —Sí, dijo el inglés, yo soy.—Sed bien venido.—Oh! que sea bien venido; tanto mejor! pues no sabía si debía venir.—¿Por qué?—Por lo de Aboukir.

Púsose á reír Roland.

—Hay dos batallas de Aboukir, contestó! la que perdimos y la que ganamos.—Por la que perdisteis.—¿Y qué?

dijo Roland, en el campo de batalla se baten los hombres, se matan, se exterminan; pero esto no impide que se estrechen la mano al encontrarse en terreno neutral; os repito pues, sed bien venido, sobre todo si teneis la bondad de decirme á qué debo el honor de vuestra visita.—Gracias, pero ante todo leed:

Y al decir esto, sacó el inglés un papel del bolsillo.

—¿Qué es esto? preguntó Roland.—Mi pasaporte.—¿Y qué tengo yo que ver con vuestro pasaporte? preguntó Roland admirado; yo no soy gendarme.—No; pero como vengo á ofreceros mis servicios, quizás no los aceptaríais si no supieseis quién soy.—¿Vuestros servicios, caballero?—Sí; pero leed.

Roland leyó:
« En nombre de la república francesa, el directorio ejecutivo invita á las autoridades á que dejen circular libremente, prestándole ayuda y protección en caso necesario, á sir John Tanlay, esq., por toda la extensión del territorio de la República.

« Firmado: Fouché. »
Y mas abajo ved:
« Recomendando muy particularmente á quien de derecho sea á sir John Tanlay, como un filántropo y amigo de la libertad.

« Firmado: Barras. »
—¿Habeis leído?—Sí, y qué?—Oh! mi padre, milord

Tanlay, habia dispensado algun servicio á M. Barras; y por esto M. Barras me permite pasearme por Francia, y yo estoy muy contento de ello, pues me gusta muchísimo. — Sí, ya recuerdo, sir John, que nos habeis hecho el honor de decirnos esto mismo en la mesa. — Sí, lo he dicho, es verdad; y he dicho tambien que apreciaba mucho á los franceses.

Roland se inclinó.

—Y especialmente al general Bonaparte, prosiguió sir John. —¿Apreciáis mucho al general Bonaparte? —Le admiro: es un grande, muy grande hombre. —¡Ah! par diez! sir John, siento que no oiga á un inglés hablar así de él. — Oh! si pudiera oirlo, ya no lo diria. —¿Por qué? —No fuese á imaginarse que trataba de adularle. Digo esto únicamente porque es mi opinion. —No lo dudo, milord, dijo Roland, no sabiendo dónde queria ir á parar el inglés, y manteniéndose reservado, por haberle descubierto el pasaporte todo lo que él queria averiguar. —Y cuando he visto que tomabais la defensa del general Bonaparte, he experimentado una gran satisfaccion. —¿De veras? —Una gran satisfaccion, prosiguió el inglés con la misma flemma. —Me alegro. —Pero cuando he visto que tirabais un plato á la cara de M. Alfredo de Barjols, he experimentado un gran disgusto. —Os ha disgustado, milord? y por qué? —Porque en Inglaterra un gentleman se guardaria muy bien de tirar un plato á la cara de otro gentleman. —Ah! milord, repuso Ro-

land levantándose y frunciendo el entrecejo, habriais venido por casualidad á darme una leccion? — Oh! no: he venido para deciros: quizás os veis apurado para encontrar un testigo? — A fe mia, sir John, que lo habeis adivinado; precisamente cuando llamasteis á la puerta me estaba preguntando á quién podria pedir este favor. — A nadie, si queis, contestó el inglés; yo seré vuestro testigo. — Bravo! dijo Roland con indecible satisfaccion. — Hé aquí el servicio que venia á ofreceros.

Tendiéndole Roland la mano:

—Aceptado, le dijo.

El inglés se inclinó.

—Ahora, prosiguió Roland, ya que habeis tenido la delicadeza, milord, antes de ofrecerme vuestros servicios, de decirme quien sois, justo es que, al momento de aceptarlos, os diga tambien quien soy yo. — Oh! como gustéis. — Me llamo Luis de Montrevell; soy ayudante de campo del general Bonaparte. — Ayudante de campo del general Bonaparte! mucho lo celebro. — Esto os explicará porque he tomado, tal vez con demasiado calor, la defensa de mi general. — Con demasiado calor, no; pero el plato... — Sí, reconozco que para la provocacion podia prescindir del plato; pero qué queis! lo tenia en la mano, no sabia que hacer de él, y se ha ido á la cara de M. de Barjols; ha ido por sí solo, sin que yo lo quisiera. — Supongo que esto no se lo direis á él? — Oh! de ningun modo; os lo digo á vos para tranquilizar

29942

vuestra conciencia.—Pues bien, entonces os batireis?—Para esto me he quedado.—¿Con qué armas?—Esto no me atañe, milord.—Cómo no os atañe?—No: M. de Barjols es el insultado, á él toca pues elegir las armas.—Entonces el arma que él proponga, vos la aceptareis?—Yo no, pero lo hareis vos en mi nombre, ya que me haceis el honor de ser mi testigo.—Y si elige la pistola, á qué distancia y cómo deseais batiros?—Esta es cuenta vuestra, milord; no mía. Ignoro si en Inglaterra se hace así, pero en Francia los combatientes no se mezclan en cosa alguna; los dos testigos lo arreglan todo, y lo que ellos hacen es siempre bien hecho.—De manera que lo que yo haga será bien hecho?—Perfectamente hecho, milord.

Hizo el inglés un signo de asentimiento.
—Día y hora del combate?—Oh! esto lo mas pronto posible; hace dos años que no he visto á mi familia, y os aseguro que tengo muchísimas ganas de abrazarla.

Miró el inglés á Roland con cierta extrañeza, al ver que hablaba con tanta seguridad, como si tuviese de antemano la certeza de no ser muerto.

Llamaron en aquel instante á la puerta, oyéndose la voz del posadero que preguntaba:

—Se puede entrar?

Contestó afirmativamente el jóven, abrióse la puerta, y entró efectivamente el fondista con una carta en la mano, que entregó á su huésped.

Tomó el jóven la carta y leyó: «Carlos de Valansolle.»
—De parte de M. Alfredo de Barjols, dijo el posadero.—
Está bien! contestó Roland.

Entregando luego la carta al inglés:
—Tomad, le dijo, es para vos; M. de Valansolle es el testigo de M. de Barjols, vos sois el mio, arreglad, pues, el asunto entre los dos; únicamente, añadió el jóven apretando la mano del inglés y mirándole fijamente, cuidad que la cosa sea seria; no rehusaré lo que hagais, mientras dé por resultado la muerte del uno ó del otro.—Quedad tranquilo, dijo el inglés, lo arreglaré como para mí mismo.—Enhorabuena! id pues, y cuando esté todo dispuesto, volved á verme; aquí me encontrareis.

Siguió sir John al fondista mientras Roland, volviendo á sentarse delante de la mesa, tomó la pluma y se puso á escribir.

Cuando volvió sir John, Roland, que habia escrito y cerrado ya dos cartas, ponía el sobre á la tercera.

Hizo con la mano seña al inglés que aguardase á que hubiese concluido, para poder dedicarle toda su atencion.

Concluyó el sobrescrito, cerró la carta, y volviéndose hácia él le dijo:

—Está todo arreglado?—Sí, dijo el inglés; pronto nos hemos entendido: tratis con un verdadero gentleman.—Tanto mejor, dijo Roland.—Os batireis de aquí á dos horas en la fuente de Vaocluse, lugar delicioso, á pistola, ade-

lantando el uno hácia el otro, disparando cada uno cuando quiera, y pudiendo seguir adelante despues de haber disparado su adversario.—Que me place! sir John; sois vos quién lo ha dispuesto así?—Yo y el testigo de M. de Barjols, quien ha renunciado todos sus privilegios de insultado.—Os habeis ocupado de las armas?—He ofrecido mis pistolas, y bajo mi palabra de honor de que os eran igualmente desconocidas á vos y á M. de Barjols, han sido aceptadas; son armas excelentes, con las cuales yo, á veinte pasos, parto la bala en dos mitades, disparando sobre el filo de la hoja de un cuchillo.—Diablo! á lo que parece, tirais muy bien, milord?—Sí, hay quien dice que soy el mejor tirador de Inglaterra.—Bueno es saberlo; cuando tenga ganas de hacerme matar, os armaré camorra.—Oh! no busqueis jamás una contienda conmigo, dijo el inglés, seria para mí un gran pesar verme obligado á batirme con vos.—Procuraré evitarlo, milord; decís que dentro de dos horas?—Sí, no me habeis encargado que fuese pronto?—Perfectamente. Cuánto dista de aquí este delicioso sitio?—Cuál, la fuente de Vaucluse?—Sí.—Cuatro leguas.—Necesitamos, pues, para llegar á él hora y media; no podemos perder tiempo; desembaracémonos, pues, de las cosas enojosas, para no ocuparnos mas que de las alegres.

— El inglés miró al jóven con la mayor sorpresa.

— Ninguna atencion pareció prestar Roland á esta mirada.

— Ahí os entrego tres cartas, le dijo; una para la señora

de Montrevell, mi madre; otra para la señorita de Montrevell, mi hermana; y la tercera para el ciudadano Bonaparte, mi general. Si muero, echadlas pura y sencillamente al correo. Tal vez soy demasiado exigente?—Si tal desgracia ocurriese, yo mismo seré el portador de las cartas.

Roland miró á sir John.

— Dónde viven vuestra madre y vuestra hermana? preguntóle.—En Bourg, departamento del Ain.—Está muy cerca, contestó el inglés. En cuanto al general Bonaparte, iré, si es menester, á Egipto; pues tendré al mismo tiempo la satisfaccion de verle.—Si teneis que tomaros la molestia de entregar las cartas, milord, no será necesario que vayais tan léjos: dentro tres dias el general Bonaparte estará en París.—Oh! contestó el inglés sin manifestar la menor extrañeza, estais seguro de lo que decís?—Segurísimo, repuso Roland.—Es en verdad un hombre muy extraordinario el general Bonaparte. Teneis algo mas que encargarme, M. de Montrevell?—Una sola cosa, milord.—Oh! todas las que querais.—No, gracias, una sola, pero muy importante.—Decid.—Si muero... Pero no hay cuidado de que lo logre.

Sir John miró á Roland con la mirada extraña que habia ya dos ó tres veces fijado en él.

— Si muero, prosiguió Roland, pues al fin y al cabo bueno es prevenirlo todo...—Sí, si morís, qué?—Escuchad bien esto, milord, porque tengo un particular empeño de que en tal caso se cumpla mi encargo exactamente, tal como yo os

le haya hecho.—Perded cuidado, se hará tal como digais, contestó sir John, me precio de ser hombre muy exacto.—Pues bien, si muero, repitió Roland, apoyando la mano derecha en el hombro de su testigo como para imprimir mejor en su memoria el encargo que iba á hacerle, colocareis mi cadáver, vestido tal como estará, sin permitir que nadie lo toque, en un ataúd de plomo, que hareis cerrar en vuestra presencia; encerrareis luego este ataúd en una caja de madera que hareis igualmente clavar á vuestra vista; y lo remitireis todo á mi madre, si no preferís echarlo al Ródano, esto último lo dejo á vuestra elección.—Toda vez que he de llevar la carta, poco me costará, en tal caso, llevar tambien el ataúd.—Vamos, decididamente, milord, dijo Roland soltando una de sus extrañas carcajadas, sois un hombre apreciable, y no hay duda de que la Providencia os ha dirigido á mí. Marchemos, milord, marchemos.

Salieron los dos del cuarto de Roland. El de sir John estaba en el mismo corredor; aguardó por lo tanto que el inglés entrase en él para tomar las armas.

Después de algunos segundos salió con una caja de pistolas en la mano.

—Y cómo vamos á Vaucluse, milord? montados ó en carruaje?—En carruaje, me parece mejor, pues podrá servir al mismo tiempo por si habia algun herido; el mio aguarda á la puerta.—Creia que habiais mandado desenganchar?—Efectivamente lo habia mandado, pero he hécho avisar al postillon, dándole contraórden.

Bajaron ambos la escalera.

—Tom, Tom, dijo sir John al llegar á la puerta, donde estaba aguardando un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta capita.—*I am going with my lord?* preguntó el criado.—*Yes!* contestó sir John.

Y enseñando á Roland el estribo del coche que el criado acababa de bajar:

—Subid, M. de Montrevell, le dijo.

Entró Roland en el coche, tendiéndose voluptuosamente.

—Vamos, decididamente, dijo, no hay como vosotros los ingleses para construir los coches de viaje; en el vuestro se está como en la cama. Sois capaces de mandar acolchar el ataúd antes de meteros en él!—Sí, no hay duda, contestó sir John, el pueblo inglés busca conciliar la elegancia con la comodidad; pero el francés es un pueblo mas curioso y mas agradable. Postillon, á Vaucluse.

IV.

El duelo.

Desde Aviñon solo podia irse en carruaje hasta Isla, recorriendo nuestros viajeros en una hora las tres leguas que separan ambas poblaciones.